

NEAL
SHUSTERMAN

RECO
NEXION



PRIMERA PARTE

Violaciones

El único modo de tratar con un mundo en el que no hay libertad es llegar a ser tan absolutamente libre que la propia existencia se convierta en un acto de rebeldía.

Albert CAMUS

1. Starkey

—**S**TARKEY SE ENFRENTA a una pesadilla cuando llegan a buscarlo. El agua se está engullendo el mundo y, en mitad de la inundación, a él lo ataca un oso, cosa que le resulta más molesta que aterradora. ¡Como si la inundación no fuera suficiente, las oscuras profundidades de la mente tenían que enviarle un furioso oso parado para que arremetiera contra él!

Entonces le tiran de los pies, arrancándolo de las fauces mortales del oso y de aquella inundación apocalíptica.

—¡Arriba! ¡Ya! ¡Vamos!

Al abrir los ojos ve que su dormitorio, que debería de estar a oscuras, se encuentra en realidad bien iluminado. Dos policías de la brigada juvenil lo mueven antes de que despierte del todo, agarrándolo por los brazos para impedir que se resista.

—¡No, alto! ¿Qué es esto?

Son unas esposas, que le colocan primero en la muñeca derecha, después en la izquierda.

—¡De pie!

Tiran de él para incorporarlo, como si se estuviera resistiendo. Que es justamente lo que haría si estuviera más despierto.

—¡Dejadme en paz! ¿Qué está pasando?

Un instante después, se encuentra ya lo bastante despierto para saber qué es lo que está pasando: es un secuestro. Aunque no se le puede llamar secuestro cuando la orden ha sido firmada por triplicado.

—Confirma verbalmente que eres Mason Michael Starkey.

Son dos agentes. Uno es bajo y musculoso, y el otro alto pero también musculoso. Seguramente fueron mastodontes del ejército antes de convertirse en patrulleros de la brigada juvenil. Para meterse en la brigada juvenil hay que carecer de corazón, pero para especializarse como patrullero uno necesita carecer también de alma. La idea de que vengan a buscarlo para desconectarlo aterroriza a Starkey, pero no quiere dar muestras de ello porque sabe que a los patrulleros les encanta ver que asustan a todo el mundo.

El más bajo, que evidentemente es el portavoz de aquel dúo, le acerca la cara a la suya y repite:

—¡Confirma verbalmente que tú eres Mason Michael Starkey!

—¿Y por qué tendría que hacer eso?

—Escúchame, chiquillo —le dice el otro patrullero—: esto lo podemos hacer por las buenas o por las malas, pero de lo que puedes estar seguro es de que lo vamos a hacer. —Este segundo policía es más suave hablando, con aquellos dos labios que claramente no son suyos. De hecho, se diría que provienen de una chica—. No es tan difícil hacer las cosas bien, así que vamos a ello.

Habla como si Starkey tuviera que haber sabido que iban a llegar, pero ¿qué desconectable sabe eso? Todo desconectable espera, en el fondo de su alma, que eso no le suceda a él; que sus padres, no importa lo mal que vayan las cosas entre ellos, serán lo bastante buenos para no creer en los anuncios de la televisión, propaganda de Internet y vallas publicitarias que les dicen cosas como: «La desconexión: la solución más sensata». Pero ¿a quién quiere engañar? Incluso sin aquel constante bombardeo mediático, Starkey ha sido un candidato potencial a la desconexión desde el momento en que apareció en el umbral de aquella casa. Tal vez, lo que tendría que sorprenderle es que sus padres hayan esperado tanto tiempo.

Ahora el *Portavoz* entra muy dentro de su espacio personal:

—Por última vez, confirma verbalmente que eres...

—Sí, sí, soy Mason Michael Starkey... Ahora apártame la boca de las narices, que te apesta el aliento.

Con su identidad verbalmente confirmada, *Labios de Doncella* saca un impreso por triplicado: en papeles blanco, amarillo y rosa.

—Entonces ¿es así como lo hacéis? —pregunta Starkey, con la voz empezando a temblarle—. ¿Me arrestáis? ¿Cuál es mi crimen? ¿Tener dieciséis años? O tal vez sea simplemente estar aquí, al fin y al cabo...

—Tranquilízate-o-te-tranquilizamos-nosotros —dice el *Portavoz*, pronunciándolo todo como si fuera una sola palabra.

Por una parte, Starkey quisiera ser aletargado, caer simplemente dormido y, con un poco de suerte, no despertar nunca más. De ese modo no tendría que afrontar la humillación de ser arrancado de su vida en medio de la noche. Pero, por otra parte, Starkey quiere verles la cara a sus padres. O, más exactamente, quiere que ellos le vean la cara a él; y si estuviera aletargado, la cosa les resultaría demasiado fácil, pues no tendrían que mirarlo a los ojos.

Labios de Doncella le coloca delante la orden de desconexión, y empieza a leer el punto nueve, de infausta memoria: la «cláusula de negación».

—«Mason Michael Starkey: Mediante la firma de esta orden, tus padres o tutores legales dan por concluida con carácter retroactivo su paternidad, iniciada seis días después de la concepción, por lo que te encuentras en violación del Código Existencial 390. A la luz de lo cual, eres remitido a la Autoridad Juvenil de California para división sumaria, también llamada desconexión».

—Bla, bla, bla...

—«Cualesquiera derechos que previamente te hayan sido otorgados como ciudadano por la Provincia, el Estado o el Gobierno Federal son por consiguiente oficial y permanentemente revocados». —El policía pliega la orden de desconexión, y se la mete en el bolsillo.

—Enhorabuena, señor Starkey —dice el *Portavoz*—: ya no existes.

—Entonces, ¿por qué me están hablando?

—No seguiremos haciéndolo mucho tiempo —le dicen, y tiran de él hacia la puerta.

—¿Al menos me puedo poner los zapatos?

Se lo permiten, pero permanecen a su lado.

Starkey se demora atándose los zapatos. Después, ellos lo sacan de la habitación y le hacen bajar al piso inferior de la casa. Los policías de la brigada juvenil llevan fuertes botas que asustan la madera de los escalones. Al bajar los tres, suenan como una manada de reses.

Sus padres los esperan en el vestíbulo. Son las tres de la mañana, pero todavía están completamente vestidos. Llevan toda la noche despiertos aguardando este momento. Starkey ve la angustia en sus rostros. O tal vez sea alivio, no es fácil decirlo. Trata de templar sus propias emociones, escondiéndolas detrás de una sonrisa irónica.

—¡Hola, mamá! ¡Hola, papá! —dice muy contento—. ¿A que no adivináis lo que me ha pasado? ¡Os dejo veinte intentos para acertar!

Su padre respira hondo, preparándose para lanzar el Gran Discurso de Desconexión que prepara todo padre de un hijo díscolo con la idea de pronunciarlo algún día. Y aunque no lleguen a pronunciarlo nunca, a muchos les gusta prepararlo y repasar en la mente las palabras durante la pausa del almuerzo, o mientras están parados en un atasco, o mientras escuchan a su estúpido jefe parlotando sobre distribución y optimización de precios, o sobre cualquier otra mierda que merezca la convocatoria de una reunión de los trabajadores de la empresa.

¿Qué decían las estadísticas? Starkey lo oyó una vez en las noticias: cada año, la idea de la desconexión pasa por la mente de uno de cada diez padres; de estos, uno de cada diez la considera con seriedad; y, de estos, uno de cada veinte llega a dar realmente el paso. Pero la proporción se dobla con cada niño adicional que tiene la familia. No hay más que hacer cuentas para ver que cada

año es desconectado uno de cada dos mil muchachos que se encuentran entre los trece y los diecisiete años. Esa es una probabilidad mayor que la de ganar a la lotería. Y ni siquiera incluye a los muchachos de casas estatales.

Guardando las distancias, su padre da comienzo al discurso:

—Mason, ¿no te das cuentas de que no nos has dejado elección?

Los policías de la brigada juvenil lo mantienen sujeto al pie de la escalera, pero no hacen ademán de sacarlo fuera. Saben que tienen que permitir el rito parental, la patada verbal en la puerta.

—Las peleas, las drogas, el coche robado... Y ahora, expulsado de otro colegio más. ¿Qué sería lo siguiente, Mason?

—No lo sé, papi. Hay muchas cosas malas entre las que podría elegir.

—Ya no. Nos hemos asegurado de acabar con tus malas elecciones antes de que ellas acaben contigo.

Eso solo le hace soltar una carcajada. Y entonces llega una voz de lo alto de la escalera:

—¡No, no podéis hacer eso!

Su hermana Jenna (la hija biológica de sus padres) está en lo alto de la escalera, vestida con un pijama de ositos de peluche que parece ya inapropiado para sus trece años.

—¡Vuelve a la cama, Jenna! —dice la madre.

—¡Lo queréis desconectar solo porque os colaron la cigüeña, no hay derecho! ¡Y justo antes de Navidad, además! ¿Y si a mí también me hubieran dejado en la puerta? ¿Me desconectaríais a mí también?

—¡No vamos a entrar en esa discusión! —le grita el padre, mientras la madre empieza a llorar—. ¡Vuelve a la cama!

Pero ella no obedece. Cruza los brazos y se sienta en lo alto de la escalera, desafiante, presenciándolo todo. Bien hecho.

Las lágrimas de su madre son auténticas, pero Starkey no está seguro de si llora por él o por el resto de la familia.

—Todas esas cosas que haces... todo el mundo nos decía que eran un grito pidiendo ayuda —explica—. Entonces ¿por qué no nos dejaste ayudarte?

Starkey quiere gritar. ¿Cómo puede explicarse ante ellos, si están ciegos? No se imaginan lo que es tener dieciséis años sabiendo que no lo quieren a uno: sabiendo que uno es un bebé misterioso, de raza incierta, colado en el umbral de la puerta de dos personas tan sienas que podrían ser vampiros; recordando aquel día, cuando tenía tres años y su madre, toda aturdida por los analgésicos que había tomado para soportar la cesárea con la que ha venido al mundo su hermana, lo había llevado a un parque de bomberos y les había rogado a estos que se lo llevaran para dejarlo como tutelado del Estado; consciente de que cada mañana de Navidad el regalo de uno no es un juguete, sino un compromiso; y de que el cumpleaños de uno no es ni siquiera el auténtico, porque nadie sabe cuándo nació, y solo se conoce el día en que fue abandonado sobre un felpudo cuyo mensaje de «bienvenidos» una madre reciente se había tomado de manera demasiado literal.

¿Y las burlas de los otros muchachos en el colegio?

Cuando estaba en cuarto, llamaron desde el colegio a los padres de Mason para que fueran a hablar con el director: Starkey había tirado a otro niño de la plataforma del juego de barras al suelo; el niño se había roto el brazo y había sufrido una conmoción cerebral.

—¿Por qué, Mason? —le preguntaron sus padres allí, delante del director—. ¿Por qué lo has hecho?

Les explicó que los otros niños habían empezado a llamarlo «Storky» (por *stork*, cigüeña) en vez de Starkey, y que el primero en hacerlo había sido el herido. Ingenuamente, pensó que sus padres lo defenderían, pero no dieron la menor consideración a su excusa.

—¡Podrías haberlo matado! —le había regañado su padre—. ¿Y por qué? ¿Por unas palabras? Las palabras no hacen daño. —Y esta es una de las mentiras más enormes y criminales perpetradas

por los adultos contra los niños en este mundo. Porque en realidad las palabras hacen más daño que el daño físico. Él habría aceptado de buena gana una conmoción cerebral y un brazo roto a cambio de no volver a ser distinguido nunca más como un niño al que ha colado la cigüeña.

Al final, lo enviaron a otro colegio y se le obligó a recibir clases de recuperación psicopedagógica.

—Tienes que meditar sobre lo que has hecho —le había dicho el director.

Y él hizo lo que se le mandaba como un niño bueno. Meditó muchísimo en ello, y llegó a la conclusión de que debería haber buscado una plataforma más elevada.

Pero ¿cómo puede empezar uno a explicar todo esto? ¿Cómo se puede explicar una vida de trato injusto en el tiempo que tardan los policías de la brigada juvenil en sacarlo a uno por la puerta? La respuesta es sencilla: ni siquiera se intenta.

—Lo siento, Mason —dice su padre, también con lágrimas en los ojos—. Pero es mejor para todos que sea así. También para ti.

Starkey sabe que no conseguirá que sus padres comprendan. Pero si no está en su mano hacer nada más, por lo menos puede decir la última palabra:

—Por cierto, mamá... esas noches que papá pasa en la oficina... no las pasa realmente en la oficina. Las pasa con tu amiga Nancy.

Antes de que empiece a disfrutar de la expresión de sorpresa de sus padres, se da cuenta de que aquel secreto podría haber sido una buena pieza de negociación. Si le hubiera dicho a su padre que lo sabía, eso podría haberle librado de la desconexión. ¡Qué tonto había sido en no pensarlo antes!

Ni siquiera puede disfrutar de su pequeña y amarga venganza, porque los policías lo empujan a través de la puerta a la fría calle de una noche de diciembre.

ANUNCIO

¿Tenéis en casa a un adolescente problemático, que no encaja? ¿Un adolescente apático y malhumorado, que se muestra proclive a las acciones impulsivas y hace gala de un comportamiento peligroso? ¿Parece vuestro adolescente incómodo en su propia piel, incapaz de vivir en ella? Todo esto podrían ser síntomas de algo más que una simple rebeldía adolescente. Es probable que vuestro hijo esté sufriendo de un Trastorno de Desunificación Biosistémica, o TDB.

Pero ahora ¡hay esperanza!

La Cosechadora El Remanso cuenta con cinco campos juveniles de máximo confort a lo largo de la nación que se harán cargo de los adolescentes más airados, de los más violentos y de los que padecen TDB, y con el máximo cuidado les ayudarán a llegar a un tranquilizador estado diviso.

Llame ahora para obtener información sin compromiso. Nuestro personal está para atenderlo.

Cosechadora El Remanso. Porque a veces quieres a alguien tanto que prefieres dejarle que se vaya.

El coche de la brigada juvenil deja la casa de Starkey con él encerrado en el asiento de atrás, protegido por un cristal a prueba de balas. El *Portavoz* conduce el coche mientras, a su lado, *Labios de Doncella* hojea una gruesa carpeta. Starkey no podía imaginarse que se pudiera escribir tanto sobre él.

—Aquí dice que cuando eras niño estabas entre el diez por ciento mejor en los exámenes.

El *Portavoz* niega con la cabeza, en señal de disgusto:

—¡Qué desperdicio!

—No realmente —dice *Labios de Doncella*—. Un montón de gente recibirá el don de sus cualidades, señor Starkey.

Aquella idea le produce un escalofrío muy desagradable, pero intenta que no se note.

—Mola el injerto de labios, tío —responde Starkey—. ¿A qué se debe? ¿Te dijo tu mujer que prefería ser besada por otra tía?

El *Portavoz* se sonríe, y *Labios de Doncella* no dice nada.

—Pero basta de darle a la sin hueso —dice Starkey—. ¿Tenéis hambre, troncos? Porque yo me zamparía ahora mismo un buen resopón. ¿Un burger? ¿Qué me decís?

No llegó respuesta del asiento de delante. No es que tuviera esperanzas de obtenerla, pero siempre resulta divertido burlarse de las fuerzas del orden y ver cuánto tardan en ponerse furiosos. Si se cabrean, gana él. ¿Cómo era aquella historia sobre el ASP de Akron? ¿Cómo era lo que él decía siempre? Ah, sí: «Bonitos calcetines». Eso resultaba sencillo y elegante, y siempre debilitaba la confianza de cualquier falsa autoridad.

El ASP de Akron... ¡eso sí que era un desconectable! Había muerto hacía casi un año en el ataque de la Cosechadora de Happy Jack, pero su leyenda estaba viva. Starkey envidia el tipo de fama que envolvió a aquel Connor Lassiter. De hecho, Starkey se imagina que el fantasma de Connor Lassiter está a su lado, apreciando sus pensamientos y cada una de sus acciones. No solo aprobándolas, sino guiando las manos de Starkey mientras él retuerce las esposas y las baja hasta la zapatilla izquierda, colocándolas lo bastante abajo para extraer la navaja del forro. Es la navaja que guarda para ocasiones especiales como aquella.

—Pensándolo bien, lo del burger suena muy bien justamente ahora —dice *Labios de Doncella*.

—Estupendo —responde Starkey—. Hay uno aquí delante, a la izquierda. Pídanme un doble-doble, ración «Bestia», y ración de patatas fritas «Bestia» también, porque eh... yo soy un bestia.

Le sorprende que de verdad lleguen a meterse por la calzada que lleva al burger. Starkey se siente como el maestro de la propaganda subliminal, pese a que su sugerencia no tenía nada de subliminal. Aun así, parece capaz de manipular a los polis de la

brigada juvenil... o al menos eso se piensa hasta que les oye pedir raciones para ellos, y nada para él.

—¡Eh!, ¿cuál era el trato? —Aporrea con el hombro contra el cristal que separa su mundo del de ellos.

—A ti ya te darán de comer en la Cosechadora —dice *Labios de Doncella*.

Solo entonces se da cuenta de que el cristal antibalas no solo lo separa de los policías, sino que constituye una barrera entre él y cualquier parte del mundo exterior. No volverá a probar nunca sus platos favoritos, ni visitará nunca sus lugares favoritos. Al menos no como Mason Starkey. De repente siente ganas de vomitar todo lo que ha ingerido desde el sexto día después de la concepción.

La cajera del turno de noche que atiende en la ventanilla para los coches es una chica a la que Starkey conoce de su colegio anterior. Cuando la ve, todo un barullo de emociones se le revuelve en el cerebro. Podría esconderse en la oscuridad del asiento trasero y tratar de que no lo viera, pero eso resultaría patético. Si lo mandan al infierno, entonces que todo el mundo vea las llamas.

—Eh, Amanda, ¿quieres ser mi pareja en el baile del colegio? —grita lo bastante fuerte para que se le oiga a través del grueso cristal.

Amanda lo mira entrecerrando los ojos, y cuando se da cuenta de quién es, levanta la nariz como si oliera algo rancio en la parrilla.

—No en esta vida, Starkey.

—¿Por qué no?

—A, porque eres de segundo curso; y B, porque eres un perdedor que va en el asiento trasero de un coche de policía. De todas formas, ¿no tienen su propio baile en el colegio especial?

¿Podía ser más torpe la chica?

—Eh... Como puedes ver, me he graduado.

—Calla la boca —dice el *Portavoz*—, o te desconecto yo mismo y te meto en las hamburguesas.

RECO NEXIÓN

UN SORPRENDENTE DESCUBRIMIENTO SOBRE
LO QUE SE ESCONDE DETRÁS DE LA DESCONEXIÓN

¿Cómo se siente uno al saber que,
más que nacer, lo han inventado?

«Tan emocionante, intensa e impactante como
la primera entrega. Si creías que nada te
impresionaría después de leer *Desconexión*,
atrévete a reconectarte».

El Templo de las Mil Puertas

«Tal como sucede con clásicos como *1984*
y *Fahrenheit 451*, uno solo puede desear que
esta visión del futuro no se haga realidad nunca».

Kirkus Reviews



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com